

ce el espíritu con prejuicios ineptos y llena la conciencia de remordimientos y temores; moral que engendra la resignación, rompe los resortes prodigiosos de la energía, coarta el esfuerzo liberador de la revuelta y perpetúa el despotismo de los amos, la explotación de los ricos y el sombrío poder de los curas.

La ignorancia en el cerebro, el odio en el corazón, la cobardía en la voluntad, tales son los crímenes que yo im-

puto á la idea de Dios y á su fatal corolario.

Todos esos crímenes, de los que acuso como autores públicamente y en libre discusión á los impostores que hablan y obran en nombre de Dios, de un Dios que jamás ha existido, son «Los crímenes de Dios», porque es en su nombre como los han cometido, porque han sido y son engendrados por la idea de Dios.

SEBASTIÁN FAURE

El fin de las supersticiones

Ha descubierto el hombre fuerzas misteriosas que en la Naturaleza misma existían ignoradas; las maravillas de la civilización asombran á veces tanto como las maravillas de la Naturaleza. Utiliza las grandes cataratas, á las que hace producir luz y calor, sujeta el rayo, acorta las distancias entre los antípodas, cruza veloz la corteza terrestre, las embravecidas olas y aun se dispone á disputar al águila condal el dominio de los aires. Es más, hace que su pensamiento se traslade rápidamente de uno á otro hemisferio, comunicándose en minutos con pueblos de otras razas.

Aun no ha podido dominar las supersticiones. Siente el hombre en su cerebro la llama creadora que le lleva á reducir á los elementos y servirse de ellos á su antojo. Cada día descubre que allí donde se decía «misterio» sólo existió una fábula más ó menos ingeniosa. Nos hablan los teólogos de causas ocultas, de misterios, nos amenazan con un mañana eterno, lleno de horrores, en que nuestros espíritus sufrirán torturas infinitas. El hombre ignorante se deja alucinar por nuevas

formas religiosas. Ven que la materia se transforma y quieren que el espíritu permanezca inmutable. No importa; la ciencia, implacable, se burla de los temerosos que pasan su vida contemplando el cielo, y se pone al lado de los audaces que quieren que no quede un repliegue de la tierra, ni un sol del universo desapercibido para él para disponerse á tenerlo á su servicio. En el cerebro del hombre está escrito adelante, *plus ultra*.

No importa que las religiones le aten y amenacen, que la superstición tome hipócritamente nuevos nombres, que se asocie á los descubrimientos y á las conquistas de la civilización; el hombre está en el camino de la verdad, y á su cada vez más seguro paso sobre el planeta no resistirán las metiras sustentadoras de las tiranías, cuyos dogmas de misterios y terrores ha roto en mil pedazos su razón, y que con su marcha incesante dejará detrás, cuando y á la conciencia humana repugne como crimen monstruoso la explotación del hombre por el hombre,

MANUEL IGLESIAS

PENSAMIENTOS

Vivimos entre dos hipocresías: la de la Iglesia y la del Estado.—M. MENÉNDEZ.

Detenerse es retroceder, y cada paso atrás es principio de muerte; el porvenir sólo pertenece al progreso.—E. H.

Donde no baste la fuerza de la razón, debe emplearse la razón de la fuerza.—E.